

bunda — ¡porque eso me hace tanto bien y tanto mal!... Pierdo la vista...

Marín se levantó, la cogió en sus brazos como si fuera una pluma, y regresó, con su querida carga, á los muelles de la ciudad, donde detuvo un coche, colocó en él á Mónica, tomó asiento á su lado, y se hizo conducir á la estación.

La joven no había perdido el sentido por completo: De vez en cuando buscaba las manos de Marín y las estrechaba afectuosamente, como para asegurarse de que él estaba allí. Al llegar á la estación, pudo ya andar.

Poco después tomaron el tren, y en él pasaron la noche sin decirse una palabra, pero á la luz de la lámpara fija en lo alto, no dejaron de mirarse toda la noche.

No había entre ambos misterios ni dudas; no había más que inmensas é irremediables penas; pero á medida que avanzaban en su viaje, sentían que la piedad, el amor y el perdón, son más grandes que todos los crímenes, puesto que pueden consolarlo todo y absolverlo todo.

XX

— ¿Qué es lo que vamos á decir? — preguntó Mónica cuando el tren llegó á la vista de la ciudad.

— Nada absolutamente — dijo Marín. — Eso no les importa.

— ¿Saben que volvemos?

— Tú has estado enferma, me has escrito, he ido á buscarte, y te traigo ¿no basta eso? Tú has cambiado bastante para que nadie dude de ello.

Momentos después se encontraban solos en el andén de la estación. Fuera esperaba la diligencia, cuyo mayoral era otro, que no conocía á los jóvenes.

Poníase el sol cuando los caballos se pararon en lo alto de la cuesta frente á Champcoey.

— Bajémonos aquí — dijo Marín.

Mónica obedeció sin replicar. Desde la víspera hacía todo lo que le decía Marín, sin pedirle la menor explicación ni ofrecerle el menor asomo de resistencia.

Los jóvenes tomaron un camino de travesía que debía llevarlos á casa de Clemencia, camino tortuoso sin más anchura que la necesaria para el paso de una carreta.

Marín iba delante y Mónica le seguía mirando al suelo para evitar los malos pasos: por un portillo que formaban las colinas se vió de pronto y muy cerca el mar, azul y brillante como se suele ver algunos días en fin del invierno y principios de primavera.

Mónica se detuvo más blanca que el papel.

— ¡El mar! — exclamó. — ¿Te acuerdas, Marín, del día que estuvimos cogiendo helechos?

De repente exhaló un gemido, se dejó caer en el suelo, y pegó el rostro á la tierra. Marín, asustado, se inclinó sobre ella é intentó levantarla, pero Mónica no quiso que él la tocara.

— ¡No! — exclamó sollozando, — yo no he debido volver á aquí. Has cometido un error al traerme: no soy lo bastante buena para volver á ver todo esto. Antes, yo era feliz, era honrada, no tenía nada sobre mi corazón, nada sobre mi conciencia, y ahora... ¡Llévame á cualquiera otra parte, Marín, pero aquí, no, no!

— ¡Mónica! — dijo Marín con voz grave, — tu sitio está aquí, en tu país: si te causa disgusto verte otra de la que has sido antes, eso será tu castigo. Hay que sufrir, Mónica, cuando se ha obrado mal, y, sobre ser justo, nadie puede evitarlo; pero sufrirás aquí menos que en cualquiera otra parte, porque aquí tendrás personas que te quieran.

— No me atrevo á mirar á nadie — replicó Mónica sollozando convulsivamente, — no me atrevo á ver á mi madre... ¿Qué voy á decirle? ¿qué dirá ella al verme llegar furtivamente?

— Nadie tiene derecho á decir nada — dijo Marín con autoridad, — del único de quien pueden decir, es de mí.

— ¿De tí? ¡santo Dios! ¿qué es lo que pueden decir de tí?

— Que no he tenido paciencia; que te he ido á buscar á Rouen; que te he distraído de tus deberes, y que he hecho que desobedezcas á tu madre con el fin de que nos casemos en seguida.

Mónica se incorporó penosamente, se apoyó en el muro que limitaba por un lado el camino, y con la mirada siempre fija en Marín, dijo á éste en voz baja:

— Pero tú sabes bien, que no podemos casarnos ya.

— ¿Por qué no? ¿qué es lo que puede impedir que nos casemos, puesto que yo te quiero por mujer y tú has consentido en ello?

Mónica lo miraba, y decía entre sí:

— ¿Se le habrá turbado la razón en fuerza de tanto sufrir? ¿habrá olvidado lo que le dije ayer?

Marín leyó en sus ojos lo que pensaba.

— Te comprendo — le dijo. — No, Mónica, no ha cambiado nada. Yo quería matar á alguien, y tú no lo has querido: has hecho bien; pero, puesto que yo vivo y que nadie tiene que echarme nada en cara, preciso es que yo me case contigo.

Mónica se apartó de él llorando.

— No me atreveré nunca á ser tu mujer — dijo.

— Y sin embargo, es preciso.

La joven bajó la cabeza, pero si él hubiera podido leer en su corazón hubiera visto que, al obedecerle ella, aceptaba el más cruel de los castigos. Ser su mujer y saber que no lo era honradamente, era para la orgullosa Mónica una humillación tan dolorosa como el remordimiento; era la encarnación del remordimiento

que viviría junto á ella y que la torturaría hasta en lo más secreto de su alma en las caricias del esposo.

— Se burlarán de nosotros — dijo Marín, — dirán que nos corría mucha prisa... nada de eso importa: lo conllevaré con resignación, y es preciso que tú hagas lo mismo: procura no estar demasiado triste, y, sobre todo...

Se detuvo y la miró con suprema ternura.

— Has visto — añadió bajando la voz, — que no me he atrevido á darte un beso; ha sido por temor de disgustarte, Mónica y porque yo te quiero tanto como antes, más aun que antes; ¡eres tan desgraciada! No llores más, te lo ruego: me hace mucho daño verte llorar.

Mónica se enjugó dócilmente los ojos y lo miró con una sumisión conmovedora.

— Se acerca la noche — dijo Marín, — vamos, y que tu madre no sepa nada: la erró al separarnos; pero si supiera lo que ha acontecido, resultaría demasiado castigada.

Ambos emprendieron la marcha: Marín había estado en lo cierto al decir que su castigo sería el silencio, la estimación pública que ella había dejado de merecer... Lo que él no sabía era que su propio silencio por temor de afligirla, sería para ella más pesado que todo lo demás junto; él lo ignoraba, pero ella no.

Llegaron á la casa de Clemencia sin haberse encontrado con nadie, efecto de la hora. La puerta estaba cerrada, pero dentro había luz. En el momento en que Marín cogía el picaporte para abrir, lo detuvo Mónica.

— Tengo miedo — le dijo.

— Es preciso — repuso él, y entró.

Clemencia estaba arrodillada encendiendo el fuego para hacer su frugal cena: al sentir ruido volvió la cabeza, y reconoció á Marín.

— ¿Usted? — exclamó levantándose con ligereza, — ¿á qué viene usted aquí?

El había pensado prepararla gradualmente, pero no

era orador y le faltaron las palabras.

— Le traigo á usted á su hija: ha estado mala: para no ponerla á usted en cuidado me escribió á mí, y yo he ido á buscarla.

— ¿En dónde está?

— Ahí la tiene usted.

Separóse un poco, y Mónica se dejó ver, tan descolorida, que parecía haber salido de una tumba.

— ¡Dios mío, qué cambiada está! — exclamó su madre.

A una ligera seña de Marín, se acercó Mónica, y, según la costumbre, presentó la mejilla á su madre. La política de estos seres, poco educados aún, se parece á la de los Pielos Rojas y les obliga á permanecer impasibles cuando sus almas están agitadas por los sentimientos más vivos.

— Siéntense ustedes — dijo — no habrán ustedes cenado.

— No: hemos bajado de la diligencia en la cuesta y hemos venido por el atajo para no encontrarnos con nadie.

— Han hecho ustedes bien: me hubiera sabido mal que otros les hubieran hablado antes que yo.

Reanudó su faena y pronto brillaron las llamas en el hogar.

— Pero ¿estás ya curada? — preguntó á Mónica.

— Así creo, madre mía — contestó la joven.

Sentíase más tranquila en aquel estado violento: obligada á dominarse, perdía la noción de su propio dolor. Clemencia la miraba sin dejar de ocuparse en todos los detalles de la cena. Mónica quiso levantarse para ayudarla.

— Estate quieta — le dijo su madre, — te conviene descansar ¿cómo adquiriste esa enfermedad?

— Está muy cansada — dijo Marín, al ver que la joven movía los labios sin acertar á decir nada. Quisiera decirle yo á usted, madre mía — y recalcó estas dos últimas palabras, — que conviene no dilatar nues-

tro casamiento. Mónica no debe salir ya de Champcey: la ciudad no le conviene, y como soy yo quien la ha traído hasta aquí y pudieran criticar, lo mejor será que nos casemos en seguida. /

Clemencia lo miraba atentamente mientras hablaba, y luego clavó los ojos en su hija, y se confesó que el mozo tenía razón: cualquiera que fuese el motivo que los hubiera traído juntos al país, al presente, el casamiento era la mejor solución posible.

— Hablaremos de esto mañana — repuso Clemencia, — por el pronto, no digo que no.

Después de haberse comido algunos pedacitos de pan frito remojados en sidra hirviendo, que, en concepto de los habitantes del país, son el alimento más reconstituyente después de las fatigas ó de las emociones, se retiró Marín. Al despedirse de Clemencia, lo hizo diciéndole: «Buenas noches, madre mía», y recalcó estas dos últimas palabras: de Mónica se despidió grave y silenciosamente, dándole un beso en la mejilla.

Mónica sintió desgarrado el pecho por la desesperación. ¡Ay! por culpa suya no tenían dulzura para ella los besos del único hombre á quien ella hubiera amado verdaderamente.

Marín se fué á su casa, y aunque la noche estaba oscura, siguió sin vacilar el sendero que tantas veces había recorrido, pero en su cerebro se barajaban cien pensamientos confusos.

¿Era verdad que hacía pocos meses había pasado por allí, gozoso con el amor de su prometida? ¿había sido aquello un sueño, ó lo era el tiempo presente?

Llegó á su casa, abrió, encendió fuego, arregló la cama y se acostó, procurando olvidar con el sueño, la balumba de sus pensamientos; pero no pudo dormir apenas, y se levantó varias veces en la noche para reavivar el fuego y echarle aceite al candil.

Los pescadores vieron desde el mar aquella noche, no sin admiración, que el fuego, apagado hacía ya tiempo en la casa Bonamí, había vuelto á arder.

XXI

Cuando Champcey se despertó, todo el mundo sabía que Marín había traído á Mónica y la había entregado á su madre. ¿Quién fué el primero en decirlo? ¿Quién sabe! Se les había visto quizá atravesar los vallados: lo único de cierto es que estaban de regreso y que todo el mundo lo sabía.

El señor Mahaut, informado de ello, pareció alegrarse sin perder su seriedad, y es que el señor alcalde era un hombre serio. En los primeros días que siguieron al asesinato de la señora Dunois, recibió un requerimiento pidiendo informes de Mónica y una carta de su hermana en que le daba noticia de los hechos y añadiendo que estaba convencida de la inocencia de Mónica. Como alcalde, había evacuado el informe en el concepto más favorable para su joven protegida.

Otro menos listo que él, hubiera hablado de ello á su mujer, pero él sabía que una sola palabra salida de sus labios sería bastante para que todo el país se enterase de un suceso que, en interés general estaba no divulgar, y nada dijo. De vez en cuando, al encontrarse con Clemencia, le pedía noticias de su hija y al contestarle aquélla que no las tenía desde Año nuevo, le decía él bondadosamente:

— Falta de noticias, buenas noticias.

De aquel modo había salvado las apariencias en espera de que se hiciese la luz. Luego supo por cartas de su hermana y por los periódicos, que no revelaron el nombre de Mónica, la marcha del procedimiento y, puesto que ésta había regresado al pueblo, era evidente que nada había resultado contra ella.

El alcalde decidió guardar absoluto silencio: bastante cruel era para la pobre joven haber estado presa seis semanas, para que, al volver á su casa se convirtiera en blanco de injuriosas dudas.

Marín no tenía la menor idea de los procedimientos judiciales y estaba á cien leguas de creer que el señor Mahaut tuviese conocimiento de lo que había pasado, así es que fué á verlo la tarde siguiente al día de su llegada, con la frente y la tranquilidad en su espíritu, para rogarle que publicase el anuncio correspondiente, á fin de que su casamiento con Mónica pudiera realizarse lo antes posible.

Marín temía alguna broma del alcalde que, sin perder su dignidad, solía darlas en casos análogos, y quedó sorprendido ante la mirada grave y de aprobación del señor Mahaut.

— Mi futura está algo enferma — dijo Marín, — y por eso no ha venido conmigo, señor alcalde: dispénsela usted: vendrá el domingo.

— Me han dicho que está algo cambiada — replicó el señor Mahaut con solicitud. — ¡Pobre chiquita! no le ha probado la ciudad.

Marín miró fijamente al alcalde y comprendió que éste sabía más de lo que había querido decir.

— Sí, está cambiada — dijo el joven, — ha tenido disgustos. Su madre se equivocó al enviarla tan lejos, pero yo no la censuro por ello: ahora cuando nos casemos, todo irá bien.

El señor Mahaut estrechó la mano del joven como no lo hacía con frecuencia y ambos se separaron, contentos el uno del otro.

Las visitas afluyeron á casa de Clemencia, pero ésta se mostró algo displicente. Mónica apareció en el lavadero en donde empezó á preparar la gran legía que en aquel país precede á las bodas. Hiciéronle las más variadas preguntas á que ella contestó con monosílabos casi siempre, ó con un «me fastidia hablar de eso», que contuvo á las curiosas; las cuales convinieron en

que la joven había vuelto muy orgullosa de la ciudad.

El día de Quasimodo, primer domingo de abril, recibieron la bendición nupcial los novios, unidos civilmente en la alcaldía una hora antes por el señor Mahaut, y cuando salieron del templo fueron acogidos por un fuego de mosquetería.

Mónica estaba pálida, pero el ramo de azahar colocado en su gorrita, no temblaba: iba con paso tranquilo asida de la mano de Marín, tan pálido y tan firme como ella, pero sus ojos parecían ver, más allá del mundo real, cosas misteriosas, invisibles para los demás ¡pensaba en el porvenir, ó pensaba en el pasado?

Las campanas vibraban por encima de su cabeza, pero su sonido no tenía nada de común con la gran armonía que la había impresionado en otro tiempo. El mar estaba lejos y el murmullo de sus olas no llegaba hasta la iglesia de Champcey: se podía, en aquel momento y en aquel medio, olvidar el pasado.

¿Olvidarlo? no. Marín había vuelto la cabeza hacia el grupo de rosas que cubría la tumba de su hermana: los disparos seguían oyéndose en la plaza, y por una rareza de su enfermiza imaginación, Mónica se estremecía al oírlos con vago terror, como si una bala, escapada por casualidad, hubiera de herirla; pero al observar á Marín, al comprender que él recordaba aquel hermoso día de julio en que la había besado junto al sepulcro de Victoria, la joven sentía desfallecido el corazón.

— Llévame de aquí — dijo en voz baja, — vámonos.

No podía mirar aquella evocación del pasado feliz é inocente, que era una espina más sobre las muchas que desgarraban su alma, y sabido es que la última es siempre la que más daño hace.

El cortejo siguió á los recién casados hasta la casa de Clemencia. A la comida de bodas estaban invitados los más allegados y el alcade, pero éste se excusó con un pretexto. Consideraba lo que sufriría la pobre Mónica al recordar que había estado presa, y no quería

ser testigo de su tristeza.

A eso de las tres terminó la comida, y los convidados se fueron cada uno por su lado.

— Idos á dar una vuelta — dijo Clemencia á sus hijos cuando los hombres se hubieron marchado — no os necesitamos para poner las cosas en orden.

Los recién casados salieron de la casa asidos de la mano, según el uso y como tenían derecho á hacerlo; mas apenas estuvieron fuera de la vista de los demás, desligaron sus manos y siguieron uno al lado de otro aunque separados por un abismo moral, sin que hallaran medio de arrojar un puente sobre él.

Marín había tomado instintivamente el camino del acantilado: ambos pasaron junto al lavadero sin detenerse, y fueron á sentarse sobre las rocas, en el mismo sitio en que habían hablado secretamente el primer día de sus libres esponsales, y allí, solos, bajo los rayos del sol, y á la vista del cielo y del mar, alzaron los ojos y se miraron mutuamente.

— Tú lo has querido, Marín — dijo Mónica.

— Y no lo siento — le contestó él.

— Hubieras hecho mejor en dejarme en Caen.

Marín se levantó y la miró con cierta especie de enojo, exclamando:

— ¿No te he dicho que te quiero? ¿Acaso podía vivir sin tí? Mira, Mónica; cuando se quiere á una persona, nada puede impedir que se la quiera, ni aun cosas como las que tú me has dicho.

— Pero se la quiere de otro modo — replicó la joven con dulzura.

— Es verdad; se la quiere de otro modo — repitió Marín pensativo.

Mónica bajó la cabeza. Nadie podía hacer que el pasado no hubiera existido; nadie podía devolver el honor; nadie podía volver la vida...

— No sabes el daño que me hacen que me traten hoy como antes: resulta tan injusto que me avergüenzo de ello.

— Es preciso acostumbrarse, ya te lo he dicho.

— Pero tú — dijo Mónica animándose é impulsada por una irresistible necesidad de atormentar la llaga de su corazón, necesidad semejante á la que impulsa á hurgar las llagas del cuerpo por doloroso que esto sea, — pero tú no puedes tener buena opinión de mí.

— Yo tengo una compasión sin límites. Ha sido una gran desgracia, pero ya te he dicho que la culpa no ha sido tuya.

— Sin embargo, si no hubiera ocurrido eso me querías más ¿no es cierto?

— Probablemente — contestó Marín un tanto disgustado. — ¿Por qué me hablas de eso?

Mónica juntó las manos como el que va á rezar una oración.

— ¡Oh, Marín! — dijo ella — comprendo lo que sería poseer ambos ese secreto y no hablar de él ni saber lo que tú piensas! ¡Me moriría de sentimiento!

Marín hubiera preferido dejar dormir aquello ¿no era bastante lo que les había hecho sufrir? Debía olvidarse el pasado, ó por lo menos hacer por no acordarse de él, así pensaba él, pero el alma inquieta de la criminal quería saber lo que pensaba de ella su señor á quien debía pertenecer sin reserva alguna.

— Yo te quiero, Mónica — dijo Marín, — y eso debe contentarte.

Y se acercó á la joven con los ojos llenos de amorosa pasión. Ella cerró los suyos con horrible estremecimiento. Así era como brillaban en otro tiempo los de Dunois.

Marín se inclinó sobre ella y le dió un beso. Mónica se desprendió de él con tal viveza, que cayó y en poco estuvo que no rodara por el acantillado: él la cogió por la falda y la levantó.

— No es este sitio para que juguemos de ese modo — le dijo con la voz trémula y densamente pálida por el peligro que ella acababa de correr.

Mónica volvió la cabeza. ¿Sería preciso que sufriera

tales emociones sin morir de ellas? Hubiera preferido estrellarse cien veces contra las rocas. Aquello era demasiado. No había creído en la posibilidad de semejante tortura. Había creído que Marín sería el amigo, el esposo, el que perdona y estima, pero no había llegado á creer que fuera también su amante. Cuando concibió tal idea, la apartó de sí como una visión enfermiza y vergonzosa. Tal vez había supuesto que el respeto con que rodeara á su marido, cambiaría su vida y hasta la esencia de su vida, ó quizá no se hubiera dicho nada de esto y se dejara ir como débil arista, á impulso de la voluntad de aquel que la salvaba de todo, de la vergüenza, del abandono y del suicidio.

¡Pero la falta no perdonaba! ¿Entre el hombre venerado que en Rouen, junto al Sena, se le había aparecido como un ángel salvador, que la había levantado y consolado, y aquel otro pobre sér baqueteado por el destino, debía aparecer siempre la imagen del seductor aborrecido profanando todas las alegrías, manchando todas las horas y haciendo del matrimonio, en vez de un consuelo, un desquite implacable del pasado criminal?

— Te amo — repetía Marín sentándose estrechamente junto á ella en la misma piedra.

Tenía derecho para ello, y nadie podía censurarlo. Mónica, vencida, se asió la cabeza con ambas manos, y lloró.

Su marido respetó sus lágrimas y las comprendió. Su disgusto y sus remordimientos la hacían más querida para él: la hubiera despreciado si la hubiera visto olvidarse de su pasado. Cuando hubo llorado hasta agotar las lágrimas, él la cogió de la mano dulcemente, y la dijo:

— Ya es tiempo de que volvamos.

Mónica se levantó dócilmente y subió por el sendero al lado de él. Llegada á lo alto, se arrodilló en el lavadero y se lavó el rostro enrojecido por las lágrimas. Poco después volvieron á la casa de Clemencia en la

que se había restablecido ya el orden.

Se puso el sol y volvieron los amigos para acompañar á su casa á los recién casados. Volvieron á sonar los disparos á lo largo del camino y se repitieron las felicitaciones. La puerta de la casa estaba abierta, el fuego encendido y el vino caliente sobre la mesa. Los acompañantes bebieron, se retiraron luego, y los recién casados se quedaron solos en la vieja casa de los Bonamí.

Era noche de gran marejada: el ruido de las olas se oía á lo lejos: á eso de las dos, penetró un rayo de luna por la ventanita sin cortinas y dibujó el encaje que formaban las ramas de un manzano. Mónica, que no se había dormido aún, se acordó de pronto de un punto de Venecia cosido á una bata que había pertenecido á Hortensia.

Su marido dormía con sueño profundo al lado suyo: su última palabra, antes de cerrar los ojos, había sido de ternura, pero después, Mónica no había cesado de llorar su vergüenza. De repente pensó en su crimen, y al dolor que ella creía sin límites, se unió otra amargura más punzante.

— Es justo — dijo recordando lo que le había dicho Marín, — que las faltas se purguen; pero ¿deberé vivir mucho tiempo sufriendo como sufro?

Perdida en el horror de aquel pensamiento, miró en el suelo el fino encaje formado por las ramas del manzano, y súbitamente volvió á ver el punto de Venecia, la habitación tenuemente alumbrada, el semblante puro y triste y la irresistible sonrisa de la señora Dunois, y herida en el corazón por un sufrimiento horrible y sin nombre, murmuró:

— ¡Oh, señorita mía! ¡señorita mía, perdóneme usted!

XXII

Sucede á veces que un pesar violento cuyas causas se renuevan sin cesar, aniquila por cierto tiempo otra preocupación dolorosa más grave pero más lejana, y cree uno entonces haber olvidado ésta; pero de repente, y por una serie de circunstancias fortuítas, se despierta y surge de una manera enorme, absorbiendo á su vez el pesar que antes parecía abarcar todo el interés de la vida.

Esto es lo que el remordimiento del crimen hacía ahora con relación á la vergüenza de la falta en el alma de Mónica. Durante su prisión no había experimentado la joven sino impresiones muy confusas aunque muy dolorosas. El instinto de la conservación le había sugerido la prudencia; su promesa á Dunois le había impuesto el silencio como obligación, y toda su voluntad se había empleado en comprimirse.

Cuando volvió á ver á Marín, no tuvo más que una idea: decirle la verdad con el fin de zafarse de la red de falsedades en la cual estaba metida hacía tiempo. Imaginó que en cuanto él conociera su crimen, la rechazaría con horror. Sola entonces y libre de responsabilidades, arrostraría la existencia procurando olvidar y consiguiéndolo quizá; al menos así lo creía ella.

Pero he aquí que el perdón de su novio la había ligado más estrechamente á una cadena de deberes que no podía romper ya nunca. Imposible ya sacudir la cabeza y arrojar de sí las ideas dolorosas diciendo «¡No quiero!» Su deber era recordar á cada instante que era la joven seducida elevada al rango de esposa por la bondad de un hombre ultrajado. Marín le había dicho: «Así es como se espía».

De la otra falta, del crimen, no hablaba María: le

parecía sin dudá menos grave, porque no le afectaba á él directamente: además, como él era violento, podía comprender y excusar la violencia; pero Mónica, después de dar de lado durante mucho tiempo al pensamiento del homicidio realizado por ella, se encontró poseída de él repentinamente.

Volvió á ver la habitación, la lámpara, la silla larga, los ojos llenos de lágrimas de su querida señorita; reconstituía la escena horrible, y por un exceso de crueldad del destino, sentía el dolor de la pérdida de aquella amiga á quien había querido con el fervor de la devoción. Herida por otra mano que la suya, Hortensia hubiera sido para Mónica objeto de una eterna compasión; muerta por la que la había adorado, habíase convertido en un instrumento de tortura cuya intensidad no podía medir nadie.

Pasados los primeros días de su matrimonio, había entrado Mónica en una rutina de deberes que hubiera debido distraerla de su preocupación, y que, por el contrario, la ligaron más á ella. Había vuelto á ser aldeana; nada de cuanto la rodeaba evocaba el recuerdo del tiempo pasado en Rouen, y, en vez de acentuar la tranquilidad y el olvido, aquel mismo contraste empujaba el recuerdo de la joven hacia los días nefastos.

Vanamente había modificado ó destruido uno tras otro los objetos contenidos en el baúl que Toinette le había enviado: el olor del cofre y la vista de sus propias manos blanqueadas por su estancia en la ciudad, evocaban cualquier imagen que se le fijaba en el cerebro con obstinada persistencia. Mónica caía entonces en prolongados silencios que duraban días enteros. Marin lo notaba y no decía nada creyendo que era la expiación, pero que llegaría un tiempo en que el alma, saturada de remordimientos, se desprendería de su preocupación dolorosa y recobraría en cierto modo la tranquilidad. Entonces juzgaba él que podría hablarle á su mujer y que la iría consolando poco á poco.

Marin se equivocaba. Precisamente en aquellos pri-

meros días fué cuando debió expresar á su mujer la tierna compasión que le inspiraba; entonces fué cuando ella tuvo necesidad de verse animada, elevada por el amor de aquel á quien consideraba como un ser superior, casi sobrehumano.

El no lo sospechaba: habiéndole dado con su nombre la mayor prueba de amor y de estimación que podía darle, creía que ella lo comprendería así, y respetaba el silencio de Mónica que consideraba como la humildad natural de una culpable que aun no podía consolarse de su caída.

Ambos vivían así el uno junto al otro sin comprenderse, él, queriéndola con todas las veras de su alma, pero inhábil para expresar sus sentimientos, y ella, vencida, pulverizada, diciendo que nunca se rehabilitaría ni á los ojos de su marido ni á sus propios ojos: él, grave y bueno; ella, sumisa, abnegada y afligida.

Clemencia se admiraba de verla tan sombría: sus hermosos colores no habían vuelto, siendo al presente dichosa por hallarse entre los suyos y haberse casado con quien quería.

Aquel año la primavera era deliciosa: ni una tempestad había agitado el mar desde fin de marzo.

— Esto no es natural — dijo un día Clemencia á su yerno. — Mónica no debería estar triste como lo está. ¿Se encuentra enferma?

— Ha tenido disgustos en Rouen; ya se lo he dicho á usted, madre mía. Hay que dejarle tiempo para que se reponga y luego, todo irá bien.

Clemencia miró á Marin con expresión de duda. Ya se le había ocurrido que algo debía haberle sucedido á su hija durante su ausencia, pero no se atrevía á preguntarle á ella ni á él.

— ¿Crees tú que todo irá bien? — preguntó ella con cierto temor.

— Se lo aseguro á usted.

Fué preciso conformarse: sin embargo, Clemencia que había evitado en los primeros días del matrimonio

visitar á sus hijos, tomó la costumbre de ir á pasar todas las tardes una hora ó dos con Mónica.

Tan enfermo tenía el espíritu la pobre joven, que toda demostración de afecto exacerbaba los remordimientos en su alma. La presencia de su madre, que la distraía de sus pensamientos, le hizo más mal que bien, porque si la imagen del crimen se borraba por un instante, la de la falta parecía más viva.

Más de cien veces tuvo deseos de arrojarle á los pies de Clemencia y de confesárselo todo: le parecía que aquella confesión le produciría un alivio; pero Marín le había dicho que no tenía derecho para hacer que su madre soportase tal dolor ni para infligirle una vergüenza tan inmerecida, y... ¡el silencio una vez más el silencio siempre!... Sí, Mónica expiaba.

Hasta el buen tiempo era un aumento de tortura para ella: la lluvia, el viento y la tempestad, fustigando los nervios, quizá hubieran producido en ella una crisis.

En la vida íntima del hogar, en la tibia calma del mes de abril, el atormentado espíritu de la joven se replegaba en sí mismo, preso entre dos torturas, y no evitando la una sino para caer más locamente en los horrores de la otra.

Una tarde estaba Mónica lavando en el lavadero, y se había quedado sola. De repente oyó detrás de la valla una voz infantil que decía.

— En la hondonada de Hubiland han florecido los espinos ¡hay que verlos!

Mónica se detuvo en su faena y reflexionó.

El sitio de que hablaba el niño tenía fama por la belleza de un cortinaje de espinos albares que, en la primavera, lo tapizaban de flores perfumadas. Todos los años, los niños y las jóvenes se hacían un deber de ir á ver los espinos blancos á Hubiland y de ello se hablaba durante ocho días: aquello era la curiosidad del país.

Mónica recordó su paseo del año anterior y una ráfaga de juventud y de independencia la impulsó á ir.

Colocó la ropa y la paleta en la Canasta; llamó al muchacho que diera la noticia y le encargó que lo llevara todo á la casa, y ella se marchó lista y casi alegre, en dirección de los espinos, que estaban bastante lejos.

¡Qué hermosa idea había tenido! Sus piernas corrían sin fatiga, y en su interior cantaba una ronda del país. Tan fuerte fué la obsesión de la música, que de pronto oyó su voz clara retumbar en el valle desierto.

Aquello fué una sorpresa para ella, que no creía volver á cantar nunca.

— Bien ¡y por qué no he de cantar? — dijo en voz alta, y recobró la marcha suspendida por un momento, cantando á plenos pulmones.

La hondonada de Hubiland estaba ya cerca, y no tardó en llegar á ella. Era una especie de anfiteatro semicircular: una fuente clara y poco profunda bordeada de juncos y de berros alegraba el suelo, y por encima, el soberbio manto de flores perfumadas drapeando la desnudez de las rocas.

La joven se puso seria: la belleza de aquel lugar solitario le inspiraba cierto respeto: se acercó al manantial: los pétalos de las flores caídas flotaban sobre el agua trasparente. De pronto notó un movimiento detrás de los juncos, y se estremeció, porque se había hecho miedosa: luego oyó un balido muy débil casi á sus pies: dió un paso adelante, separó las hierbas y vió un corderillo que, caído de la cresta de las rocas, estaba allí dolorido y maltrecho.

— ¡Pobre animal! — dijo Mónica cuyo corazón compasivo tuvo un arranque maternal.

Se inclinó, cogió al corderillo entre sus brazos y echó á andar con él: sabía quien debía ser su dueño y quiso llevárselo. A poco empezó á percibir un olor especial que no conoció por el pronto, pero que súbitamente adivinó luego, produciéndole una serie de estremecimientos. Abrió los brazos y el corderillo cayó á tierra exhalando un débil suspiro. A la reberberación de las nubes, teñidas aun de color de rosa, miró Mónica sus

manos y su delantal... ¡Estaba llena de sangre!

Exhaló un horroroso grito y loca de terror echó á correr hacia el pueblo. Aquella sangre y el suspiro del cordero, semejante al de una persona, eran la advertencia del destino que no quería permitirle que gozara un minuto de alegría y de olvido.

Conforme iba corriendo recordaba que en la habitación de Hortensia había recordado la mirada del otro cordero herido por los perros, y la lúgubre escena aparecía ante ella en toda su fúnebre realidad.

¿Sería todo una persecución para ella? En aquel país en que los corderos son en mayor número que los árboles ¿hallaría á cada paso la personificación del remordimiento?

Corriendo siempre, llegó á su casa.

— ¿De dónde vienes tan tarde y llena de sangre? — le preguntó su madre que la esperaba con inquietud.

— Del Hubiland: hay un cordero muerto en el camino: he querido traerlo y no he podido.

Mónica hablaba rápidamente y á tiempos. Marín apareció en el umbral y leyó en los ojos de su mujer el horror profundo del implacable recuerdo.

Impresionado él mismo por el pensamiento de una pena que no podía sondear, pero que debía ser atroz, se inclinó sobre ella y le dió un beso.

Mónica se dejó caer sobre un banco y se retorció las manos en ademán resignado dentro de su desesperación, pero al levantar los ojos vió que su madre la miraba, y se sonrió, se levantó, se lavó las manos y se cambió el delantal.

— Ha sido un capricho que he tenido de ir á ver los espinos blancos — dijo á su marido que evitaba mirarla. El cordero debe ser de Bonfils: será preciso decirselo para que envíe á buscarlo.

Esto lo dijo con acento tranquilo. Su madre la comprendió por la carrera que había dado, y le dijo con severidad:

— Tú no eres ya una niña: cuando una mujer se

casa, debe de ser razonable.

Mónica no replicó.

XXIII

A partir de aquel día, la imagen de Hortensia, blanca, inmóvil, con el hilito de sangre á lo largo de la mejilla, fué la compañera habitual de Mónica. La seguía por todas partes, en el lavadero, en la huerta donde pasaba largas horas, y en los senderos cubiertos, en adelante llenos de flores y de insectos. La siniestra visión se interponía entre la joven y la naturaleza entera impidiendo que toda alegría inocente llegara hasta ella. Ya no eran solamente los remordimientos ni el pesar como sucedía antes, sino la manifestación viva, por decirlo así, de aquellos dos sentimientos que se sumaba á las restantes penas de la vida.

Mónica desmejoraba. Marín estaba roído por el dolor.

El había confiado en que, amando á Mónica, sería amado por ella y que acabarían por relegar un día en la sombra del olvido el recuerdo del crimen. Cuando tantas cosas se borran de la memoria ¿por qué no se había de borrar aquella?

El se había engañado. Mónica lo quería, es indudable, lo quería como á un dios, pero le tenía miedo: él lo comprendía y se desesperaba.

Cada vez se hablan menos, no teniendo nada que decirse. A veces ella se acercaba á él en tanto que él estaba sentado junto al fuego por las noches, y colocando sus manos flacas en los hombros de su marido, lo miraba con mirada profunda que pedía gracia. El la estrechaba locamente contra su corazón llagado, y ella se pegaba á él esperando hallar un poce de calma...